



Amar al mundo apasionadamente

Jesús Ballesteros

Catedrático de Filosofía del Derecho por la Universidad de Valencia y miembro de la Academia Valenciana de Cultura.

El hecho de cumplirse el centenario del beato Josemaría me ha hecho volver los ojos a las palabras que pronunció –homilía inolvidable– en aquella Eucaristía del Campus de la Universidad de Navarra ante gente de diversísimas procedencias y de la que se recoge un excelente testimonio gráfico en las páginas de este libro.

En aquella homilía se expresa lo que sería uno de los puntos centrales de su enseñanza constante, con una virtualidad que no se agotó en su vida, sino que comprobamos tantos años después cómo va alcanzando con el tiempo cada vez mayor plenitud de sentido, a medida que su espíritu se extiende por más personas y más ambientes de todo el mundo.

Tomamos como referencia para resumir el contenido de esta homilía, pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8-X-1967 Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, nn. 113–123) el párrafo que afirma la exigencia «su afán» de *hacer endecasílabos de la prosa de cada día* (hom.cit. n. 116).

La homilía constituye una reflexión en profundidad sobre las consecuencias de la Encarnación del Verbo, motivo central de la meditación constante del beato Josemaría Escrivá, quien vivió contemplando la humanidad de Jesucristo.

Si el Hijo de Dios se ha hecho hombre, igual a nosotros en todo menos en el pecado, todo lo humano puede convertirse en divino. Y por tanto, la vida humana se convierte en la búsqueda de esa dimensión divina, presente hasta en la acción o acontecimiento aparentemente más banal e intrascendente. De ahí que la expresión fuerte utilizada en el escrito, *materialismo cristiano*, –que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu (cfr. hom cit.n. 115)– es una superación del dualismo de la desencarnación sea de origen platónico, cartesiano o pietista.

Quien está llamado a unirse a Dios, a testimoniar la verdad cristiana es el hombre en su integridad, con su alma y cuerpo, y en el lugar concreto en que se encuentra, lo que implica tener en cuenta los condicionamientos ambientales en el sentido más amplio. De ahí la importancia atribuida a los detalles. El cuerpo no es simplemente algo que pertenece al tener del hombre, sino también al ser. *Tu cuerpo es como un borrico –y un borrico fue el trono de Dios en Jerusalén– para que te lleve a lomos por las veredas divinas de la tierra* (Amigos de Dios, n. 379).

Convertir en endecasílabos la prosa de cada día equivale a pensar que *hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas*, como dice el propio beato, citando a Antonio Machado. Se trata de saber qué significa este adjetivo «bien». De ello habla el Fundador de la Obra

en muy diferentes pasajes de sus escritos, que se podrían resumir así. Trabajar bien significa, en primer término, ofrecer todo lo que se hace a Dios, buscando exclusivamente su gloria. De acuerdo con el pasaje de San Pablo: *Deo Omnis gloria*. Lo que se ofrece a Dios tiene necesariamente que ser un trabajo acabado en sus detalles, ya que de otro modo no sería digno de Dios. (Trabajo de Dios, en Amigos de Dios, ap. 58–60 y 61). Pero al propio tiempo, para conseguir un trabajo bien hecho, es necesario ser humildes, ya que sólo Dios proporciona el acabado; por tanto es necesario sentirse siervos inútiles o, como decía gráficamente, *sentirse como el borriquito*, que debe servir de trono al Señor, o como el pincel, en manos de Dios, que como artista, hace cosas grandes. Sólo el humilde es capaz de grandes obras, porque lo espera todo de Dios, sabiendo que por sí mismo es nada, y menos que nada. Sólo con esta conciencia el trabajo se convierte en oración y, por tanto, en medio de santificación. Es lo que recomendaba el beato Josemaría a aquellos a quienes encargó poner en marcha la Universidad de Navarra: como puede leerse en la biografía de Eduardo Ortiz de Landázuru, escrita por Esteban López Escobar y Pedro Lozano (p. 216). Ante la afirmación de don Eduardo: *Bueno, padre, me pidió que viniera a Pamplona para hacer una Universidad, y ya está hecha*, Mons. Escrivá le contestó: *¡No te he pedido que hagas una Universidad, sino que te hagas santo haciendo una Universidad!* Esta conversión del trabajo en oración es la clave de la unidad de vida, de la simplificación de la conducta y por tanto de la eficacia.

De ahí que cara a los demás seres humanos, la acción bien hecha, que debemos a Dios, se convierte a su vez en candelero que ilumina a los otros (Amigos de Dios, n. 61). *No sería necesario abrir la boca, si nuestra vida resplandeciera de esta manera. Sobrarían las palabras, si mostrásemos las obras* (San Juan Crisóstomo, cit. en Amigos de Dios, n. 60).

En los albores del siglo XXI, parece probado que los ideales que han tratado de mejorar la sociedad, considerando que el ser humano es capaz de redimirse por sí mismo, marginando a Dios, han acabado por volverse contra el hombre mismo. *Cuando el ser humano trata de convertir la tierra en un paraíso, (sin contar con Dios) la convierte en un infierno* (Hölderlin).

Sólo la unidad de vida basada en la conversión de la vida cotidiana en oración, presenta unas posibilidades de transformación de la sociedad ilimitadas. Por eso decía el beato Josemaría: *Dios quiere un puñado de hombres suyos en cada actividad humana. Después, pax Christi in regno Christi* (Camino, n. 301). Y, en otro pasaje, *soñad y os quedaréis cortos*.

Éste es el núcleo del mensaje apasionante que el Fundador del Opus Dei presenta a las mujeres y varones del siglo XXI, antiguo y nuevo como el mismo Evangelio y que es especialmente oportuno tener presente en el centenario de su nacimiento.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.